

obispos españoles; y no se puede menos de reconocer que lo realizaron de un modo admirable». Es, pues, plenamente justificada la atención que a ellos dedica la Teología, en especial al Toledano X, atención que deberá extenderse al XVI.

Dos puntos en especial resaltan en la Pneumatología toledana: la consubstancialidad del Espíritu Santo y su procesión *ab utroque*; en los últimos, el XI y el XVI, además la aplicación a la tercera persona de la doctrina de las relaciones divinas. La insistencia en la consubstancialidad del Espíritu Santo se explica por la forma especial pneumatológica que había presentado el arrianismo visigodo; así contribuyeron después de los PP. griegos, pero sin influjo de ellos, a la aplicación a la tercera persona de la doctrina más desarrollada alrededor del Padre y del Hijo. En cambio, la procesión *ab utroque*, con la inserción del *Filioque* en el símbolo, adquiere en la Iglesia española un relieve especial sin vestigio de intención polémica, como un bien plenamente poseído.

El trabajo del doctor Riera, conducido con riguroso método científico, será, como los anteriores sobre los símbolos toledanos, un precioso auxiliar para el estudio de la Teología trinitaria.

JOSÉ M.<sup>a</sup> DALMÁU, S. I.

**El evolucionismo en Filosofía y Teología.** Obra en colaboración de varios especialistas. Pontificia Universidad de Salamanca. Editor, J. Flors. Barcelona, 1956, 252 págs.

En este volumen, magníficamente presentado, la P. Universidad de Salamanca ha querido dar a conocer las ponencias desarrolladas en la sección 2.<sup>a</sup> del Congreso de Ciencias Eclesiásticas, organizado para festejar el VII centenario de su fundación.

El primer artículo desarrolla, en visión sintética, la «situación actual y sentido del problema del evolucionismo». Aquí el P. Ortega, C. M. F., quiere estudiar el evolucionismo «con un enfoque filosófico, levemente tamizado de teología». Deslinda con claridad los dos terrenos (el científico y el filosófico) y, reconociendo que el primero, bien entendido, «no encierra ninguna aventura heterodoxa», quiere moverse en el segundo con soltura, huyendo de posiciones exclusivamente defensivas, e intentando aquella síntesis en la que tantas veces fallan los científicos por falta de colocación y actitud. Observa que la evolución constituye «una actitud de espíritu característica de nuestro tiempo» y la reduce a cuatro puntos oportunos e interesantes. Luego relaciona la idea evolucionista con aquella tendencia de las criaturas hacia Dios, de que hablara ya la filosofía escolástica y, especialmente, Santo Tomás. Y aquí es donde encontramos un lenguaje (si no también unos conceptos) algo oscuro. Aquella insistencia en proclamar la preferencia del ser sobre la esencia, el afán continuo de «desencionalizar» (diríamos) el ser o de «despecificar» el individuo, la alabanza de Platón en contraposición a Aristóteles, etc., nos llevan a preguntarnos, in-

quietos, ante qué filosofía nos encontramos. Frases como estas : «el individuo material, si lo miramos bien, en su más entrañable exigencia, no es propiamente creado», «en el fondo, la aspiración más entrañable del hombre y de la creación entera es la unión más íntima que puede realizarse : la unión hipostática. Hay en la creación entera, como un anhelo invencible e irrenunciable de esta unión», aunque matizadas por el contexto correspondiente, nos recuerdan demasiado aquella idea de materia-sombra de Dios, que sube incesantemente hacia el Ser Perfectísimo. Es una pena que el autor no haya precisado más estos conceptos, ya que su profesión tomista queda con ellas algo en entredicho. Pero esto son algunas pégas. El artículo tiene muchas cosas buenas.

El P. C. Boyer, S. J., inicia su trabajo sobre *L'Evolutionisme a la lumière des principes de la philosophie* justificando la competencia de la filosofía en este problema y subrayando que no se trata de incorporar unas conclusiones científicas a la síntesis total, sino que en el mismo problema del transformismo están implicados problemas que entran de lleno en el campo filosófico. Señala cómo la filosofía enseña la parte necesaria de Dios y la trascendencia del hombre sobre todo animal, y en la última parte del estudio, todo diáfano y lleno de sugerencias, diserta claramente sobre el concepto de generación, aplicándolo al hombre para concluir certeramente que en modo alguno el hombre podrá jamás llamar padre a un animal, aun en el supuesto de que su cuerpo hubiese derivado directamente del de un bruto.

El profesor P. Leonardi, de la Universidad de Ferrara, se ocupa de *El evolucionismo y los últimos datos de la paleontología*. Luego de una exposición de datos, sintética e ilustrada con oportunos ejemplos, enumera las conclusiones que de los mismos se derivan ; doce de tipo general y cinco referentes al origen del hombre. Propone finalmente su teoría de la evolución finalística (Teleogénesis), que desarrolló ampliamente en su obra *L'evoluzione dei viventi* (Brescia, 1950). Según Leonardi, todos los organismos, especialmente los primeros que aparecieron en el mundo, están sujetos a un «designio creativo», cuya actuación gradual habría sido delegada en un conjunto de fuerzas naturales internas capaces de desarrollar y transformar progresivamente los organismos en direcciones determinadas. Se trata, pues, de una evolución eminentemente finalista y teísta, en la que los elementos internos prevalecen sobre los externos, que son simples «catalizadores» del proceso evolutivo. Referente al origen del hombre, el sabio profesor italiano afirma que «los descubrimientos paleontológicos nos incitan a admitir la posibilidad de la derivación del cuerpo humano del de algún otro primate», si bien al querer concretar el modo de la evolución «las dificultades se hacen enormes» y «el progenitor del hombre queda todavía incógnito». Encontramos en este trabajo, además de la profesión de fe referente al origen del alma por estricta creación, una plena conciencia de lo delicado del asunto, una aportación honrada y estimable de la ciencia y una moderación y ponderación de las conclusiones que, junto al respeto al magisterio de la Iglesia, nos permiten calificarlo de ejemplar en el modo como deben tratar los científicos este complejísimo problema.

Luego de dos breves trabajos titulados *Tiempo y evolución y Evolucionismo y morfología comparada del sistema nervioso* de los profesores doctores Perís y Torres y P. Ubeda, O. P., sigue un largo estudio del P. L. Arnaldich, O. F. M., sobre *El evolucionismo en el relato del Génesis*. Divide el tema en cuatro partes. Primeramente, con sobriedad y claridad, nos da el sentido obvio de los lugares del Génesis referentes al origen del hombre. Luego trata brevemente de la creación de la especie humana en las antiguas cosmogonías orientales y de la composición literaria de los tres primeros capítulos del Génesis, según los resultados (que no creemos nosotros indiscutibles) de la crítica interna. En el último capítulo quiere presentar «la menta genuina del hagiógrafo en los relatos de la creación de la especie humana». El autor, haciendo gala de una agilidad de pensamiento sumamente agradable al lector, estudia a fondo las narraciones de los dos primeros capítulos del Génesis, recordando a menudo las leyes fundamentales de la hermenéutica que quiere honradamente aplicar. Sus conclusiones, que no podemos reproducir por falta de espacio, son sobrias y minimistas en lo referente al modo cómo aparecieron Adán y Eva. Séanos permitido, por razón de oficio, señalar algunos puntos en los que opinamos que el autor no ha estado feliz. Nos sorprende, por ejemplo, que pueda quedar fuera del objeto de un estudio escriturístico «tratar del pensamiento de la Iglesia referente a la interpretación de los textos» en cuestión (pág. 148). Y, sobre todo, disintimos de la conclusión a que llega en el origen somático de Eva; en esta cuestión la verdadera interpretación del decreto de la C. B. del 1909 y de las palabras de Pío XII a la Academia P. de Ciencias (aun habida cuenta del silencio de la *Humani Generis* que no dice ni insinúa lo que piensa el autor) no es la del P. Arnaldich, según nos parece probado. El Papa no dice «palabras vagas e indeterminadas» cuando afirma que Eva «da lui (Adán) è statta tratta». El autor, con evidente empeño y preocupación, agota los cartuchos en defensa de su posición: demasiados argumentos. Podía, por ejemplo, prescindir con ventaja de la nota de la pág. 151 sobre Dordelot, mil veces refutado; de la pregunta de cuántas costillas habría tenido Adán cuando todos sabemos (y él mismo recuerda oportunamente) el sentido vago de «selaj» (pág. 147); de la infelicidad de Adán antes de la creación de Eva, etc. Nos parece que no puede rechazarse tan alegramente el argumento en favor de la tesis tradicional que se apoya en el testimonio de San Pablo (pág. 148), y pensamos, sobre todo, que hubiera sido muy oportuno significar explícitamente que son muchos y de nota los exégetas que piensan diferentemente del autor en la cuestión del origen somático de Eva, ya que este libro—no así la disertación cuando fué pronunciada—puede llegar a manos de quienes no son peritos en la materia y producir, por lo menos, confusión y desorientación.

El doctor E. González trata del *Evolucionismo en los Santos Padres*, dividiendo el trabajo en cuatro partes: problema de la evolución, enfoque del estudio patrístico sobre esta materia, testimonios aparentemente favorables a la evolución y testimonios desfavorables. Nos gusta muchísimo la segunda parte, y nos parecen ciertas y objetivas las conclusiones a que llega en toda su diser-

tación. En cambio, nos gusta menos su vehemencia, que puede ser molesta a teólogos y escrituristas que, dentro de la ortodoxia y con ciencia y buena voluntad, defienden posiciones más abiertas pero lícitas. El autor manifiesta una tendencia a no admitir más concepto de evolución y transformismo que el reprochable (pág. 158, p. e.). Sin embargo, al final escribe (y lo hemos leído con mucho gusto) que hay «un evolucionismo que no está refido con la doctrina propuesta por la Iglesia como objeto de nuestra fe» (pág. 159).

El P. M. Cuervo, O. P., desarrolla con singular maestría el tema *Evolucionismo, monogenismo y pecado original*. Lo divide en dos partes: una, de exposición del dogma del pecado original, según el magisterio y la más pura teología tomista; otra, que responde a la pregunta: ¿Es compatible el evolucionismo con el dogma del pecado original? El estudio versa más sobre el monogenismo que sobre el transformismo, si bien al principio advierte que la tesis del poligenismo va muy unida a la del transformismo. El docto trabajo es una defensa clara y definitiva de la individualidad del «Adán», sobre todo en el magisterio de la Iglesia. Por consiguiente, toda interpretación colectiva de dicho término destruiría en su íntima esencia el dogma del pecado original con todos sus detalles. El estudio, repleto de mentalidad no menos que de citas de Santo Tomás, constituye una pieza perfecta, lo mismo en el fondo como en el método.

El P. R. Garrigou-Lagrange, O. P., explica en pocas páginas el tema *De evolutionismo et de distinctione inter ordinem naturalem et supernaturalem*, advirtiendo que el triple influjo del evolucionismo, positivismo y kantismo, ha llevado a muchos escritores a un relativismo en el concepto de «natura» y, en consecuencia, a una renovación de los errores de Bayo. La disertación versa sobre dos tesis: *Natura humana proprie dicta et immutabilis potest cum certitudine tum philosophica tum theologica cognosci, et non dependet, ut natura, a libero Dei arbitrio y Natura proprie dicta hominis, etiam modo christiano concepta, non ordinatur de se positive ut natura ad finem supernaturalem seu ad visionem immediatam essentiae divinae, sed modo gratuito potest elevari ad vitam gratiae et potuisset ad eam non elevari*. Resume, por último, sus conclusiones con claridad y concisión, cualidades estimabilísimas que encontramos en cada una de las líneas de esta breve exposición del sabio dominico.

Concluye el libro la disertación del P. J. A. de Aldama, S. J., sobre *El evolucionismo antropológico ante el magisterio de la Iglesia*. Sitúa en primer lugar, históricamente, la cuestión, describiendo con claridad las diversas etapas del problema teológico, o sea, de la pretendida contradicción entre revelación y conclusiones científicas. Da acabada razón de todos y cada uno de los documentos emanados del magisterio en este asunto, valorando asimismo su fuerza teológica. Nos parecen especialmente interesantes las conclusiones a que llega en su estudio de los decretos de la C. B. del año 1909, cuando afirma que las exigencias mínimas del carácter histórico indicado para los primeros capítulos del Génesis que hablan de Adán y Eva son: «Dios ha formado a Adán a su imagen y semejanza, con una acción especial cuyo objeto inmediato no ha sido solamente su alma, sino también su cuerpo... Dios ha formado el cuerpo de Eva con una ac-

ción especial ejercida sobre el cuerpo de Adán.» (pág. 241.) Advierte que, si bien estos decretos no son infalibles, tienen, sí, un valor doctrinal y auténtico, de modo que, si no excluyen un estudio ulterior, éste habrá de hacerse con peso y cautela y solamente a cargo de especialistas. También al hablar del magisterio de Pío XII sobre el tema (discurso de 1941 a la A. P. de C.; *Humani Genensis*, y discurso al Congreso Internacional de Genética) precisa lo dicho y su valor, y en la cuestión del origen de Eva, se decide por la interpretación que defiende que el Papa ha afirmado el origen de la primera mujer del cuerpo de Adán como tesis ciertamente ligada a la doctrina revelada. Trata también del problema paralelo del poligenismo. En conjunto, la disertación del P. de Aldama, digno colofón de un libro interesantísimo, es de una claridad y ponderación muy laudables.

JOSÉ CAPMANY, Pbro.

NOÈ FASOLO R., **Peccato e Redenzione nell'esperienza esistenziale di N. Berdjajeff**. Scuola Tipogr. Don Bosco. Verona, 1956

Este extracto de tesis—aun dentro de los límites, un poco estrechos, que se propone el A., como son la ignorancia del ruso, y el mismo intento de estudiar aparte ningún punto de B.—tiene su mérito y sus ventajas.

Intenta, en primer lugar, presentar, de una manera clara y asequible, el pensamiento difícil y nebuloso del célebre autor ruso sobre antropología teológica; quiere, después, afrontar una crítica fundamental de la singularísima posición, dentro del existencialismo ruso, y en frente de la dogmática católica que tan mal comprendió siempre B.; para concluir a una contradicción inmanente a las concepciones teosóficas de B., que le hacen inasequible y opuesto a los dogmas fundamentales del catolicismo.

Como dice muy bien el A., si, en ocasiones, la misma nebulosidad inconsistente de la obra literaria de B., hace a uno creer por unos momentos en una posibilidad de retorno y de concordia, ésta se desvanece luego cuando esa misma nebulosidad se hace insistente y aun sistemática; y descubre una tara de idealismo romántico; es ésta, a pesar de todo, la carga existencialista, la que subsiste y corrompe las concepciones del desgraciado autor ruso.

JOAQUÍN MARÍA ALONSO, C. M. F.

CAPMANY CASAMIJANA, José, **La resurrección del Señor. Ensayo de síntesis teológica**. Oración inaugural del curso académico 1956-57. Seminario Conciliar de Barcelona, 110 págs., 22×15,50 cm.

Dentro del marco teológico en que se mira la resurrección y dentro también del marco estrecho de un discurso inaugural, el autor hace un estudio bastante completo sobre la Resurrección. Estudia la Resurrección en sí misma, como exaltación de Cristo (cap. I). Pasa luego al sentido apológico de la Resurrección.